

D. SALVADOR SANFUENTES.

EL CAMPANARIO.

CANTO PRIMERO.

Cuando el siglo diez y ocho promediaba,
Cierta Marqués vivía en nuestro suelo,
Que las ideas y usos conservaba
Que le legó su castellano abuelo;
Quiero decir que la mitad pasaba
De su vida pensando en irse al cielo;
Viejo devoto y de costumbres puras,
Aunque en su mocedad hizo diabluras.

Y amaba tanto las usanzas godas,
Que él hubiera mirado cual delito
El que se hablase de francesas modas,
Ó á París se alabase de bonito.
Sobre la filiación de casi todas
Las familias de Chile era perito,
Y de cualquier conquistador la historia
Recitaba fielmente su memoria.

Como era en esta ciencia tan adepto,
Aducía argumentos con destreza
Para hacer verosímil su concepto
De derivar de reyes su nobleza.
Nosotros hoy llamáramos inepto

Al hombre que albergase en su cabeza
De loca vanidad tales vestiglos,
Mas esto era frecuente en otros siglos.

Y bien podía mi Marqués sin mengua
Alarde hacer de pretensión tan loca,
Porque él era muy rico, y ¿á qué lengua
No hace callar tan fuerte tapaboca?
En vano contra el oro se deslengua
Un moralista y su valor apoca:
Lo que yo siempre he visto desde chico
Es que hace impune cuanto quiere un rico.

En el año una vez sus posesiones
Visitaba el Marqués por el verano,
Ejerciendo en sus siervos y peones
La amplia jurisdicción de un soberano;
Y luego á los primeros nubarrones
Que anunciaban el invierno cano,
Exento de molestias y pesares,
Tornaba con gran pompa á sus hogares.

Y ora mandando hacer un novenario
En que sonaban cajas y cohetes,
Ora una procesión con lujo vario
De arcos triunfales, música y pebetes,
De admiración llenaba al vecindario,
Y daba á las beatas y vejetes
Para conversación fecundo tema,
En que ensalzaban su piedad extrema.

Como ningún quehacer le daba prisa,
Dormía hasta las ocho este magnate:
En su oratorio le decían misa,
Y tomaba después su chocolate.
La comida á las doce era precisa,
Y la siesta después, y luego el mate,
Y tras esto por vía de recreo
Iba á dar en calesa su paseo.

Á oraciones se vuelve, y si del templo
Llama á Escuela de Cristo el campanario,
El Marqués y los suyos dan ejemplo
De infalible asistencia al vecindario.
Si no hay distribución, ya le contemplo
Rezar con la familia su rosario,
Y luego ir á palacio diligente
Para hacerle la corte al Presidente.

Á las diez de la noche se despide,
Sin propasarse un punto de esta hora,
Y vuelto á su mansión, la cena pide,
Porque ya el apetito le devora.
Con su cuerpo en seguida un lecho mide,
Donde cabrían bien sus cuatro ahora,
Y viniéndole el sueño dulce y blando,
Á los once el Marqués está roncando.

Tenía este dichoso personaje
Un hijo y una hija; y al primero,
Por no hacer una injuria á su linaje,
Sólo de paso describir yo quiero:
Leía no muy bien: su aprendizaje
De la escritura fué tan pasajero,
Que en vez de letras con trabajo hacía
Garabatos sin ley ni ortografía.

En la aula de un convento procuróse
Que aprendiese á Nebrija de muchacho;
Pero en llegando á *quis vel qui* estancóse,
Sin poder digerir aquel empacho.
Al fin un sabio preceptor cansóse,
Y recibió el alumno su despacho
Para vivir, cual viven tantos otros,
Laceando vacas y domando potros.

¡Valientes ejercicios, á los cuales
Se aficionó bien pronto á tal extremo,
Que el andar en rodeos de animales

Era su dicha y su placer supremo!
Con tal educación, con gustos tales,
Muchos lectores pensarán, yo temo,
Que cuando Cosme á la ciudad venía,
En sociedad ridículo sería.

¡Error, solemne error! Desde el momento
Que el señorito Cosme se mostraba,
La atención general y el rendimiento
De su persona en rededor volaba:
El mismo sexo hermoso ¡qué portento!
Con su conversación se deleitaba,
Aunque hablar de otra cosa no le oyera
Que de pechadas, lazos y carrera.

¡Tanto es lo que valía y lo que vale
Ser hijo de Marqués! Mas si discurro
Mucho tiempo sobre esto, el cuento sale
Muy prolongado y al lector aburro.
Así, evitando que mi esplín se exhale
En duras voces, á pintar me escurro
A la bella Leonor, digna por cierto
De tener un hermano más despierto.

Á su edad, si la cuenta bien se ajusta,
Para enterrar diez y ocho poco falta.
Su estatura es crecida: á mí me gusta
Como á Lord Byron la mujer que es alta;
Y no se tache esta opinión de injusta,
Que en pigmea mujer nunca resalta
Ese gentil y seductor donaire
De que habla aquel proverbio: *amor es aire*.

Su delicado talle es tan esbelto
Que sin duda las Gracias le han formado;
Breve es su planta, su ademán resuelto,
Y su seno gracioso y abultado.
Cuando el negro cabello ondea suelto
Al rededor del cuello torneado,

Ver en todo su cuerpo me imagino
La obra mejor del Hacedor Divino.

Luce en sus ojos el color obscuro,
Pero chispeando de celeste fuego,
Y su mirada al corazón más duro
En blanda cera lo convierte luego.
Mas ¡habré de meterme en el apuro,
Yo, pobre bardo que á escribir me entrego,
Cuando ya tantos otros han escrito,
De pintar lo que miles han descrito?

Frente espaciosa, y un si no es henchida,
En que los signos del talento lucen;
Boca pequeña y á la vez pulida,
Donde las perlas y el coral relucen:
Tanta gracia mil veces repetida,
Que los poetas sin cansarse aducen
Para pintar sus bellas heroínas,
Son, describiendo á mi Leonor, mezquinas.

Baste, pues, sobre prendas corporales,
Y hablemos de su noble entendimiento,
Que es como fértil planta entre breñales
Nacida sin cultivo ni fomento;
Mas su despejo y su vigor son tales,
Que á tener el más leve pulimento,
Daría en profusión rico tributo
De sazonado y exquisito fruto.

Por desgracia, en los tiempos de que trato
Poco servían tan brillantes dotes,
Y era en las niñas excesivo ornato
El saber algo más que hacer palotes;
Coser, bordar y por la noche un rato
Leer devotamente unos librotos
Donde raros prodigios se ingirieran,
Los ejercicios femeniles eran.

Y si Leonor tenía letra hermosa,
Era porque copiaba de continuo
Novenas que su madre religiosa
Juzgaba flores del amor divino;
Y siempre que ocurría alguna cosa
En que importaba el escribir con tino,
Desde el amo de casa hasta el sirviente
Hacían de Leonor su confidente.

Un viejo motilón, que era muy diestro
En tocar en el órgano una misa,
Y con su canto lúgubre y siniestro
Causaba á veces á los niños risa,
Fué de clave y de canto su maestro,
Y si bien la enseñanza anduvo aprisa,
De tal manera adelantó la dama,
Que hizo adquirir al motilón gran fama.

En casa de Leonor no se permite
Visitar sino á Condes y Marqueses;
Gente de estado llano no se admite
Sino por grande precisión á veces.
El padre confesor hace en desquite
Más de veinte visitas en dos meses,
Y siempre su persona gorda y santa
Á la familia con su vista encanta.

Pues si bien su moral es algo estricta,
Son sus discursos fáciles y amenos,
Y al mismo tiempo que consejos dicta,
Cuenta pasajes de chuscadas llenos.
Y sobre todo su elocuencia invicta
Parece despedir rayos y truenos,
Cuando por blanco de su arenga toma
Á los herejes que condena Roma.

Este oráculo vivo de la casa
Del Marqués, tiene en ella tal imperio,
Que por precepto incuestionable pasa

Cuanta regla prescribe su criterio;
Con cuidado especial no se traspasa
Lo que él decide sobre baile serio,
Siendo sólo el *minuet* lícita danza,
E invención infernal la contradanza.

En los días también de alguna fiesta
Dice que puede haber gran *manducacio*,
Y mesa de manjares bien repuesta,
Pero con el licor se ande despacio:
Que haya un poco de canto, que haya orquesta,
Mas que se deje suficiente espacio
Entre ambos sexos, pues la vil lujuria
Con la proximidad se vuelve furia.

Y á las diez de la noche cada uno
Se retire á su casa sin desvelo;
Que el pasar de esta hora es importuno
Y anuncia planes que reprueba el cielo.
Yo estoy con este padre: yo me aduno
Á los consejos de su santo celo,
Y al ver tal mutación en años pocos,
Exclamo: «¡*Oh tempora corrupta!* ¡Oh locos!

Vivió Leonor tranquila y satisfecha
En tan mística vida algunos años,
Á pesar que ha llegado ya á la fecha
En que amor suele hacer terribles daños,
Y en que la niña á la virtud más hecha,
Por más que la refiera desengaños,
Empieza á desear con ansia mucha
Triunfar de un pecho en amorosa lucha.

Llegando á tal edad, la mujer siente
Una vaga inquietud; gustosa mira
De dos palomas el cariño ardiente,
Y apartando los ojos, ¡ay! suspira;
Ama á los niños con ardor vehemente,
Y su inocencia encantadora admira:

Se vuelve hacia un espejo, y se alborozaba
Al notar con rubor que es buena moza.

Y luego va á mirar si está el zapato
Ajustado á su pie; si el chal es rico:
Examina el vestido un largo rato,
Y abre y cierra con gracia el abanico:
Se hace de crespón pomposo ornato,
Y ufana se acomoda el sombrero;
Y al fin, después de agitación tan viva,
Viene á quedarse mustia y pensativa.

Mas Leonor no ama aún: no, quien lo crea
Se engañará por cierto: ella conoce
De Condes y Marqueses la ralea,
Pero la encuentra insoportable, atroce;
Y por más bellos jóvenes que vea
De una clase inferior, los desconoce,
É imbuída en las ideas de su rango,
Cree que es fijar sus ojos en el fango.

Ella siente que falta algún encanto
Para ser más completa su ventura;
Mas de advertir cuál sea dista tanto,
Que se jacta de ser cual bronce dura:
Viendo tal perfección, lleno de espanto
Dice su confesor que alma tan pura
No ha encontrado jamás desque confiesa,
Y que al fin ha de ser una abadesa.

Por mi parte, lectores, es preciso
Confesaros que pienso de otro modo,
Y de un sabio francés sigo el aviso,
Pues que se amolda á mi experiencia en todo.
Dice, pues, Labruyère en su conciso
Lenguaje, que á mis versos acomodo,
Que la mujer que de tibieza charla,
Aun no ha visto al que debe enamorarla.

Y prueba, con un caso sucedido
En la ciudad de Esmirna á cierta dama,
Que niña que hasta tarde no ha querido,
Cuando llega á querer, de veras ama,
Y las aguas del ancho mar tendido
No son bastantes á extinguir su llama.
¡Ojalá que esta máxima absoluta
La desmienta Leonor con su conducta!

Lo vamos pronto á ver, porque se acerca
La hora decisiva de su suerte,
Y si aun consigue mantenerse terca,
Ya diré con razón que es mujer fuerte.
Figúrese el lector que ya está cerca
El día del Marqués, que de su inerte
Reposo él sale, y quiere que haya boda (1)
Á que se invite la nobleza toda.

Brillando como el día los salones
Me imagino ya ver con los reflejos
Que despide la luz de los blandones,
Repetida en finísimos espejos.
Las techumbres ornadas de florones
Y portentosos figurones viejos,
Mas de ricos dorados esmaltadas,
Se atraen de los curiosos las miradas.

Ocupan los asientos de cojines
Las damas de purísimo linaje,
Con ricos y plegados faldellines
Y ligeras mantillas por ropaje.
Los adornos de perlas y rubines,
El bordado de plata y el encaje
Con que su lujo y su riqueza ostentan,
De sus encantos el poder aumentan.

(1) La palabra *boda* entre nosotros significa cualquier función doméstica. En este sentido se toma aquí. (N. del A.)